

del espíritu divino ostentáre grandes voces y clamores, será una arte fingida, una acrimonia aparente, y todo una ficción que causa risa; mayormente si la vida no dice con la doctrina del que enseña. San Bernardo glorioso, queixandose que en la Iglesia hay pocas conchas, y muchas canales que derraman antes de haber recibido; señalando lo que han de recibir primero, pone siete cosas: compuncion, devocion, el trabajo de la penitencia, la obra de piedad, el estudio de la oracion, el ocio de la contemplacion, la plenitud del amor. Y en otro lugar las reduce à tres: doctrina, exemplo, oracion. La mayor es la oracion, que alcanza las dos primeras, y dá gracia y eficacia à la obra y à la voz. Es comun sentir de los Santos, que los Doctores Evangelicos reciben en la oracion lo que despues dan al pueblo; como se vió en los Prophetas, que fueron los principes de este oficio: y en su proporcion lo recibirán los Predicadores, si acudieren à la fuente.

Dice gravemente San Gregorio: El Redemptor del genero humano en el día hazia milagros, beneficiando los hombres; pasaba velando las noches en oracion, para dár à entender à los perfectos Predicadores que no desamparen el estudio de los libros por el amor de la especulacion, ni dexen las luzes de la contemplacion por el demasiado estudio de los libros; mas que sin perderlos de vista aprendan de Dios lo principal que han de enseñar à los hombres. Especialmente siendo el principal fin de este ministerio la salud de las almas y conversiones de los pecadores, no le podrán conseguir sin especial auxilio de Dios; ni este sin mucha oracion, para que prospere. Dios sus piadosos deseos y trabajos. Fatigase en vano la noche entera S. Pedro; mas echando la red favorecido de Dios, hizo una gran presa. El gran P. S. Augustin aconseja al Predicador, si desea hazer gran cosecha de almas, negocie mas moviendo à Dios con ruegos, que à los hombres con palabras; ruegue por

si y sus oyentes; y si sabe ser con Dios porfiado orador, saldrá eficaz Predicador.

Como hemos dicho otras vezes, la parte mas principal de este oficio es el mover, (enseñar y deleytar es facil) porque el rendir dá la victoria. Cómo podrá el Predicador mover afectos, si él no está movido? Mal podrán (dice San Gregorio) inflamar los corazones à los descos celestiales, palabras que salen de corazon elado; ni lo que por sí mismo no arde, encenderá à otra cosa; ni el Predicador podrá arder ni luzir, si no se llega en la oracion à Dios, que es luz y fuego. Prosperamente Prospero de Vida contemplativa resume todos los requisitos que pone el P. Fr. Luis de Granada en el Predicador del Evangelio, en estas breves palabras: El Predicador nó ponga toda su confianza en el esplendor de las palabras, sino en la virtud de sus obras; no se deleyte con las aclamaciones del auditorio, sino con los llantos; no procure ganar aplausos, sino gemidos; y las lagrimas que desea derramen sus oyentes, él primero las derrame; y así los encienda con la compuncion de su corazon.

El P. M. Fr. Luis de Granada desde mozo fue muy dado à la oracion y penitencia, como dexamos escrito: fue creciendo en este exercicio santo mas intensamente con los años, en que aumentandose la luz de Dios, conoció mayor su importancia: vivia de oracion; dispoñiale nuestro Señor para Maestro de este arte. Este don santo, que tuvo tan conocido y practicado, le hizo gran Predicador, y que escribiesse con tan gran acierto, en especial de esta virtud, en que ha sido guia à todos. De los largos espacios que pasaba orando, hemos tocado algo, y mas dilatadamente en el libro siguiente, en que hemos escrito sus virtudes.

Es cierto que la principal preparacion de sus sermones la hazia el P. Fr. Luis de Granada orando y gimiendo: pedia à Dios eficacia en sus palabras, y acier-

CAPITULO XIX.

De la materia y modo de predicar del P. M. Fr. Luis de Granada.

acierto en su doctrina. Entró una tarde Miguel de Arenas, Librero, muy familiar suyo, à hablarle en su celda; hallóle sentado detrás de la puerta, cerradas las ventanas, con gran recogimiento y silencio: y como entró à escuras, tropezó en él: y preguntandole, qué haze aqui V. P.? Respondióle: Vayase en buen hora, que estoy estudiando el sermone de mañana. Los Predicadores Apostolicos, mas estudian sus sermones à ojos cerrados, que abiertos.

De los estudios y letras del Predicador, del candal con que ha de entrar en este ministerio, trata largamente el P. M. Fr. Luis en el libro segundo de la Rhetorica, en especial en el capitulo septimo. No es necesario discurrir en esto. Admiramos las letras y estudios de los Predicadores que tenemos, las riquezas que juntan en los sermones con trabajo inmenso. Algunos piensan que bastaba menos, supliendo de los requisitos que hemos puesto, y en algunos se desean. Dice el Obispo D. Francisco de Terrones en su Instruccion de Predicadores, en el capitulo segundo del tratado primero: En nuestros tiempos havemos conocido al P. M. Juan de Avila, y al Padre Lobo, y à otros santos varones, que nó revolvan muchos libros para cada sermon, ni decian muchos conceptos, ni esos que decian los enriquecian mucho de Escritura, exemplos ni otras galas; y con una razon que decian, y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Dios por su misericordia rescuite en su Iglesia el espíritu de estos santos varones, como lo piden las necesidades de los fieles; ni permita que sea cierta la proposicion del V. P. Gaspar Sanchez de la Compañia de Jesus, illustre interprete de la sagrada Escritura, varon de gran santidad, que decia que la predicacion aseada y culta, sin vigor y sin espíritu, en que el Predicador se predica mas à sí que à Christo, era la mayor persecucion que padecia la Iglesia de Dios en estos tiempos.

EL gran Padre de la Iglesia Santo Domingo, à quien Dios nuestro Señor escogió para reparar el mundo, que estaba por aquel siglo perdido, dió nombre à su Religion de Predicadores, y con este illustre titulo la honraron los Pontifices Romanos, justamente merecido por el Patriarca santo, que con un zelo abrasado, y trabajos inmensos anduvo alumbrando el mundo con la antorcha de su divina doctrina, y como Apostol reduxo con sus sermones à Dios innumerables almas. Sus bienaventurados compañeros, y los primeros Padres de esta esclarecida familia, participaron del espíritu y zelo que abrasaba las entrañas del glorioso Fundador. Llenas están las Coronicas de la Orden de los maravillosos efectos, de los copiosos frutos que se vieron: conversiones notables de pecadores; las ciudades enteras reducidas, qual Ninive, à penitencia; pobladas las Religiones; y otros prodigios que obraba la fervorosa predicacion de aquellos primeros Padres. En todas las edades se ha conservado este espíritu en esta sagrada Religion: ha tenido illustres hombres en el pulpito, como en profesion tan propria suya, que con palabras y vida han cultivado la viña de la Iglesia.

De los que en nuestros tiempos han florecido con mayor estima, y tenido mayor nombre, ha sido el P. M. Fr. Luis de Granada, hijo verdadero del espíritu del gran Patriarca de los Predicadores: participó de aquel primitivo aliento de esta Religion sagrada, y bebió en la misma fuente aquel zeloso espíritu que como vinculado dexó Santo Domingo à sus hijos. Su modo de predicar fue Apostolico; trató de cumplir las obligaciones del oficio.

Propusose delante de los ojos el fin de la predicacion, que es hazer los hombres buenos. Así dixo Dios en Daniel.

Y los que indiarían à muchos à la justicia, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades. Tiene dos partes la justicia (es nombre general que abraza todas las virtudes que hazen al hombre justo) declinar del mal, y hazer bien: así lo enseña el Real Propheta David, è igualmente el fin de la ley de Dios, que es la perfecta caridad, la qual teme ofender à la Magestad Divina, y solo cuida agradarla. Nada ofende à Dios sino el pecado, y solo le agrada la virtud: y así amonesta la verdadera caridad huir los vicios y exercitar las virtudes. Movidors de esta verdad con un espíritu mismo los gloriosos Patriarcas Santo Domingo y S. Francisco, quando instrúan à sus Frayles en el oficio de la predicación, esto solo les decían: Enseñad à los hombres à que aborrezcan los vicios, y que abracen las virtudes, proponiendoles la eternidad de la gloria, y la terribilidad del juicio eterno: lo uno, para enseñarlos à bien vivir; y lo otro, para inclinarlos al deseo de bien vivir.

Toda la predicación del P. M. Fr. Luis de Granada se movió en estos dos polos, destruir vicios, y plantar virtudes; valiendose de todos los medios que su espíritu y erudición le daban para conseguir estos dos fines.

Cumpliendo pues con el primero, el intento en gran parte de sus sermones fue predicar contra el pecado mortal, (puerta por donde se entran los vicios) asestando contra él la batería de todos sus discursos. Era continuo en tratar esta materia, declarando la gravedad, deformidad, la malicia del pecado mortal, los estragos lastimosos que haze en el alma, el odio grande con que Dios le mira, los innumerables males que origina. Refería y ampliaba por menor sus daños, sus castigos, sus infelices efectos, procurando mover à los oyentes al odio capital de este enemigo. Persuadía la detestación de este gran mal, y el temor santo de Dios, afirmando que el que tiene estos dos bienes, vive en caridad, y tiene à Dios, y está en buen camino de

salvarse: materia que si se repitiera continuamente en los pulpitos con las ponderaciones que en ella hazen los Santos y varones pios, se sacaría por ventura mas provecho que de gastar largo tiempo en explicar lugares dificultosos de Tertuliano y de Philón Judío, que no entiende casi todo el auditorio, y apenas oído, está olvidado.

Si bien era continuo en predicar contra el pecado mortal con vehemente y esforzado espíritu, no era menor la frecuencia, ni menos alentados los espíritus con que se azoraba contra la facilidad de pecar: exclamaba contra aquellos, con reprehensiones severísimas, que sin algun reparo, sin remordimiento alguno de conciencia, no haciendo caso de las ofensas de Dios, beben como un golpe de agua fresca la maldad. Estos son de quien dice Dios, por boca de Salomon en los Proverbios, que tienen los pies velozes para el mal. Con la misma vehemencia y acrimonia, à aquellos que parece han hecho alianza con la muerte, conciertos con el infierno, que con animo obstinado perseveran en sus maldades; y los que ni con amenazas ni azotes, ò beneficios divinos ò promesas, se doblan ò ablandan, para de su mala vida volver à mejor acuerdo. En esta clase ponía los que gastan todo el año en oír sermones, hechos juezes de los Predicadores; mas ni mejoran de costumbres, ni aprovechan con medicina tan buena. Esta sordéz ò encanto pone Christo nuestro bien entre las señales de reprobación. El que es de Dios (dice) oye las palabras de Dios; por tanto vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Exageraba con gran peso de razones el peligro de los que apenas confesados (y solo una vez al año) al momento vuelven à la misma libertad de vida y acostumbradas maldades, y este juego le juegan toda la vida. Estas reprehensiones eran mas frecuentes en los sermones de Quaresma, en que se disponen los fieles à cumplir con la Iglesia: entonces eran mas acres las invectivas, ampliando con

lu-

lugares y razones el peligro de la salvación en vidas tan estragadas. Estos males tan frecuentes, y que por nuestros pecados comprehenden à tan gran parte del pueblo, y à muchos de lo mas granado, afeaba y reprehendía oportuna è importunamente; porque sin duda arrastran à innumerables almas reducidas al último riesgo de perderse; y orejas tan sordas, corazones tan empedernidos, muchos clamores son menester para moverlos.

No reparaba en repetir estas cosas con frecuencia, temiendo el fastidio del oyente, ò su descredito: usaba excusas cuerdas, mostrando que obligado de la necesidad è importancia, porfiaba en el remedio: porque dixo muy bien Seneca: *Numquam nimis dicitur, quod numquam satis dicitur*. Nunca se dice sobradamente lo que nunca se dice bastantemente. A unos basta mostrarles los remedios; à otros se les ha de obligar como por fuerza à que los admitan: la envejecida y cotidiana costumbre de pecar, un estrago de vida casi incurrible, con frecuentes y continuas reprehensiones ha de remediarse. Esta causa movió à San Juan Chrysostomo; casi en todos los sermones, à clamar contra la mala costumbre del jurar, ordinaria en Antioquia, para arrancar de raíz aquella semilla tan arraygada en aquel pueblo: y en seis sermones solo trata de una errada opinion del hado que havia cundido en los animos de muchos: tan de intento, tan de asiento trataba de curar las enfermedades publicas, que se apoyan con la multitud de los que pecan. Y por esta razon se excusa el Santo Doctor de ser como porfiado en la reprehension de los vicios: dice así: Repetiros muchas veces las mismas cosas à mí no me es molesto; y à vosotros es seguro, no solo oír reprehensiones de las mismas faltas, mas las mismas cosas que os he dicho de esas faltas. No se enfade pues alguno, ni piense que trato de afligiros, si del mismo argumento dezimos muchas veces lo que os hemos predicado.

Tom. I.

Porque si confiáramos que con una vez sola que lo oyerades, depusierades esta enfermedad del animo, y aun no dexára de volver à repetirlo, para hazer firme y segura vuestra salud, y hazeros mas cuidadosos, para que no volvais à reincidir en los mismos pecados. Mas porque sospechamos que aun duran en los animos de muchos las reliquias del mal, tenemos por necesaria y conveniente la repetición continua de estas cosas. Así lo hazía Fr. Luis, que con semejantes razones escusaba la severidad continua con que reprehendía los vicios: y de otra manera se haze poca hacienda. No se libra un diamante con un golpe solo, ni recibe pulimento, ni se ablanda el hierro, aunque salga hecho fuego de la fragua, menos que con repeticiones del martillo.

Trataba continuamente en sus sermones, y reprehendía asperamente à los que con varios pretextos y razones apoyan su mala vida, y no solo no aborrecen el pecado, sino que le defienden: à los que dilatan su conversion para otro tiempo, y (lo que es mucho peor) para el fin de la vida; y à los que con esperanzas vanas de vivir edades, dilatan la penitencia: à los que confiados en la misericordia divina y meritos de la pasion de Christo, perseveran en sus culpas: à los que con una fé muerta y sin obras se prometen la salvación tan cierta como si vivieran en estrechos Monasterios: los que ignorantes de la virtud de la divina gracia, que no haze correr alentadamente por los mandamientos divinos, figuran dificultades y asperezas en la ley de Dios, y la vuelven las espaldas: à los que aprisionados con el demasiado amor del mundo y de las cosas terrenas, no aspiran à la verdadera libertad de hijos de Dios. De estos impedimentos y embarazos de la conversion discurría largamente, descubriendo los engaños de la serpiente antigua, y los peligros grandes de los que están en semejantes lazos.

Vallase comunmente; repetía è inculcaba muchas veces aquellos quatro motivos que han hecho à muchos San-

tos, à cuya memoria promete el Eclesiastico el no pecar eternamente: la muerte, ultima linea de las cosas; el juicio severo que se le sigue; el castigo, ò premio eterno. Exclamaba un *para siempre*, con que no solo movia al odio de los pecados, mas tambien al santo temor de Dios; y con largas digresiones de estas cosas persuadia todas las obras buenas y exercicio de virtudes; que todo esto se consigue con la continua consideracion de los Novissimos: porque aunque se pueden traher, y él se valia de otros muchos motivos, ningunos muestra la experiencia son tan poderosos para rendir los pechos mas rebeldes, como los que pueden sacarse de estas summas importancias. Entre los afectos humanos es poderosissimo el amor de sí mismo; y apenas puede el hombre, aunque tenga unas entrañas de bronce, dexar de moverse con tratarle de sus intereses: siendo proprio de este amor desear todo lo que le es util, y temer vehementemente lo que es horrible. Quando trataba del Juicio, ponderaba seriamente que no solo se ha de dár cuenta de los pecados, sino tambien de los beneficios recibidos de nuestro Señor, y de las poderosas ayudas que nos dá para vivir bien: instaba en aquel gran cargo del beneficio summo de nuestra redempcion, por el qual nos vinieron innumerables socorros y ayudas para ser buenos, que no se concedieron à los de la antigua ley, si bien tuvieron el verdadero conocimiento de Dios: por tanto debemos sobrepujar à los de aquel pueblo y à los Philosophos todos en el estudio de la piedad y virtud, quanto alcanzamos mayores ayudas para la virtud. Y que se nos haya de pedir estrechissima cuenta en el extremo juicio; lo dán à entender aquellas palabras del Salvador del mundo: Este será el juicio, que la luz vino al mundo, y amaron mas los hombres las tinieblas que la luz.

Y por quanto los que no dán los medios con que se haya de conseguir lo que proponen, son semejantes, segun dice

Plutarco, à los que atizan la lampara; y no la cebán con acetye para que se conserve; el P. M. Fr. Luis de Granada daba varios remedios à sus oyentes para evitar los pecados, dexar los vicios, conservarse en gracia. En los que mas insistia y repetia muchas veces, era; que se evitassen con diligencia las ocasiones de pecados; porque está escrito: El que ama el peligro, perecerá en él. Resistir à los principios las tentaciones y pensamientos malos, y luego en el umbral de la mala sugestion quebrantar al enemigo pequeño en la piedra Christo, y con el baculo de la Cruz quebrar la cabeza de la serpiente antigua, huir la ociosidad, porque está escrito: Quánta malicia enseñó la ociosidad? el evitar amistades de los malos; porque dice el Eclesiastico: El que toca la pez, ensuciarse há con ella: el que trata con el sobervio, embeberá en sí la soberbia. Encomendaba muchas veces la lección de libros espirituales, que alumbran maravillosamente el entendimiento con el conocimiento de las cosas divinas, y encienden el afecto de varias maneras con la variedad de las sentencias que en ellos se ponen; como lo prueba aquel verso de David: Si tu ley no fuera mi meditacion, por ventura huviere percido en mi baxeza. Mucha es la utilidad de los buenos sermones; mas como entran por el oído, no tienen la firmeza que lo que se percibe por los ojos: el leer una vez y otra los libros de espiritu, informa el animo mas de espacio, siendo la lección atenta y ponderosa; y es casi imposible adquirirse ni conservarse virtud sin leer continuamente los libros que la enseñan.

Aconsejaba la cotidiana memoria de los beneficios divinos, en especial el de la pasion de Christo nuestro Señor; porque, como dice San Bernardo, no hay cosa mas eficaz para purgar los depravados afectos, como la diligente meditacion de las heridas de Christo; porque así como la pasion del Señor quitó el pecado del mundo, la devota recordacion de esa misma pasion aprovecha

mucho para quitarle del alma. Instaba y mas instaba en la frecuencia prudente de los Sacramentos de la Confesion y Eucaristia, con que se nos dá la gracia, y la disposicion que para ella es necesaria, y son efficacissimos remedios contra los pecados: porque la confesion expelle del anima el pecado, y resucita al hombre de la muerte del pecado à la vida de la gracia; mas la sagrada Eucaristia defiende, aumenta, conserva esta nueva vida: y de verdad se debe à los sermones y libros del P. M. Fr. Luis esta frecuencia. Hazia largos discursos persuadiendo tuviesen todos oracion, cada qual segun su estado. Con ella armó el Salvador à sus discipulos contra el pecado: Velad y orad (les dixo) porque no caigais en tentacion. Y el Propheta Rey: Mis ojos siempre al Señor; y él sacará mis pies del lazo. Leense largos y admirables discursos en sus obras persuadiendo esta virtud, sin la qual se conserva dificultosamente la vida de la gracia. Aconsejaba la maceracion de la carne, el ayuno y demás penalidades que la afligen; porque no solamente satisfacen à la divina justicia por los pecados cometidos, mas debilitando los brios de la carne, hazen mas robusta el alma para las batallas espirituales y conseguir las virtudes: porque de la manera que para las guerras exteriores se desea la firmeza y robustéz del cuerpo; así para las peleas de la carne y del espiritu las fuerzas del cuerpo quebrantadas dán la victoria. Estos remedios y otros que dán los Santos, y él enseña en sus escritos, repetia y ampliaba las veces que se ofrecia la ocasion: porque como es la enfermedad tan ordinaria, pide la aplicacion de remedios continuos.

Demás de esto descendia à la reprehension de aquellos vicios y desordenes que eran los mas frequentes en las ciudades y pueblos donde predicaba, informandose primero de las dolencias, para aplicar la cura. Reyna en unas partes la depravada costumbre de jurar inconsideradamente; en otras las murmu-

raciones, maldiciones, chismes, malas correspondencias: asestaba la reprehension contra estos vicios. Hallaba tal vez enemistades antiguas, odios capitales, parcialidades, vandos: remediaba estas pestes. Dominan en partes la embidia, la ambicion y la soberbia: contra estas pasiones hazia la punteria. La usura empobrece à muchos, y mas al que lleva el logro; vicio comun, poco corregido: Dios abra à todos los ojos, que la cosa va rotissima: suda el dinero por lo mucho que trabaja; gime la conciencia por lo que la estiran; mas à todo dá aliento la avaricia. Reprehendia los desordenes en las mesas, que consumen patrimonios; la profanidad y lascivia de las galas y trages deshonestos, cebo del fuego del infierno; juegos de naypes y dados, univ ersidad de todos los pecados. Contra los vicios deshonestos eran frequentes sus reprehensiones: cunde esta peste en todas partes; mas trataba esta materia con honestissimas palabras. Reprehendia severissimamente los dados à la avaricia, que abrasados con este fuego infernal, adoran por Dios al oro, y en atesorarle gastan las noches y dias, entregando su alma por un vil interes. Las veces todas que se ofrecia ocasion, afeaba estos y semejantes vicios, gastando en reprehenderlos gran parte de su sermón, imitando à los Prophetas, que encaminaban gran parte de sus discursos en acusar las maldades de los hombres; y usando el mismo oficio, siguió sus pasos acertadamente: y reynando en todas partes vicios, y abundando pecados, si no se procuran remediar, no cumplen los Predicadores con esta parte tan principal de su oficio. Heziale en las orejas aquella voz de Dios en Isaías: *Clama, ne cesses; annuncia populo meo scelera eorum, & domui Iacob peccata eorum.* Procuraba librarse de aquella nota que se lee en el Propheta mismo: *Speculatores ejus, caeci omnes, canes muti, non valentes latrare.* Y lo de Jeremias: *Propbetæ tui viderunt tibi falsa & stulta, & non aperiebant*

tibi iniquitatem tuam, ut te ad penitentiam provocarent. Portabase en estas reprehensiones con gran templanza y prudencia, por no provocar à odio à los que deseaba sanar: ponderaba la fealdad de los vicios de manera, que no se irritassen las personas, y se dexassen curar.

No acudia con menor cuidado en sus sermones el P. M. à la segunda parte de la justicia, que es hazer los hombres virtuosos: corria caudaloso el rio de su divina eloquencia para aficionar las almas al amor de la virtud. Valiase de muchas de las consideraciones que diximos trahía contra el pecado; que tienen igual fuerza para provocar à la virtud: porque mal se ahuyentarán los vicios sin el ayuda de las virtudes contrarias; siendo cierto que todos los medios que nos defienden de los vicios, hazen à los hombres estudiosos y amadores de la virtud. En lo que mas insistia para conseguir este fin, era en la ponderacion repetida de los beneficios divinos, en particular el de nuestra redempcion, que predicado con el espiritu que él pide, junta carbones encendidos sobre nuestra cabeza.

Y porque se mueven mas los hombres con la utilidad que alcanzan con la experiencia y tocan con las manos, que con la esperanza de lo que despues han de gozar, repetia muchas vezes y ampliaba con admirable eloquencia los bienes que acompañan en este mundo à los amadores de la virtud. Decia mucho del paternal cuidado y providencia que Dios tiene de aquellos que adoptó por hijos: engrandecia el beneficio inestimable de la gracia divina que les comunica; con que les fortalece y facilita para todas las obras de justicia y piedad, y virtudes que de ella proceden. Encarecia el bien de aquella luz celestial y doctrina interior con que Dios enseña à sus hijos para la perfeccion y acierto de su vida, como lo afirma David: Daréte entendimiento, è instruiréte en el camino por donde has de caminar. Prometia

el consuelo del Espiritu Santo, que recrea y consuela los animos de los justos con maravillosos y no experimentados deleytes. Exageraba la tranquilidad de la buena conciencia, que libra à los que sirven à Dios, de aquel gusano roedor que atormenta las conciencias de los malos: ponderaba la gran felicidad de la verdadera libertad; con que se libran de la tiranía de la carne; y de sus apetitos è imperioso dominio, por el beneficio de la sangre de Christo, reduciendose à su servicio, rendidos al suave yugo de su ley: à que se sigue aquella paz que excede todo sentido, que nace de los apetitos domados y pasiones detenidas; la qual solo puede dár Christo, no el mundo ni los que le gobiernan; con que un hombre virtuoso, muchas vezes de condicion humilde, pasa la vida mas pacifica y gozosa que los Príncipes de la tierra. Admiraba la eficacia de las oraciones de los buenos; de quien está escrito: Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos atentos à sus ruegos: y hará la voluntad de los que le temen, y oirá su deprecacion, y los hará salvos. Alentaba con la proteccion que tiene Dios de los suyos en las calamidades, que en el turbado golfo de esta vida nunca faltan; de que está escrito: Supo el Señor librar los buenos de las tentaciones: la salud de los justos les vendrá del Señor: es su protector en el tiempo de la tribulacion. Repetia muchas vezes la suave y tranquila partida de esta vida, y santa muerte; en la qual alentados con la virtud de la esperanza; y de la buena conciencia, y testimonio de la vida inocente, están con un animo sosegado y confiado en aquel paso, en que los malos, combatidos con la memoria de sus maldades, braman atormentados con agujones gravissimos de su mala conciencia. Estos privilegios de la virtud, y otros semejantes, son dones de la gracia, con que nuestro Señor en esta vida, antes de los premios de la eterna, suele ayudar, enriquecer, honrar y apacentar con deleytes espirituales à los que

le sirven. Con estos premios exortaba el gran Predicador à sus oyentes al estudio de la buena vida.

No se contentaba con persuadir en general la virtud: descendia à las virtudes singulares, exortando, como lo pedia el Evangelio à la ocasion, à la caridad, humildad, desprecio del mundo, el temor de Dios, el estudio de la oracion, cuidado con los pobres, paciencia en los trabajos, amor de los enemigos, la gloria de la castidad, y de la guia de las virtudes la prudencia; y muchas vezes hazia todo el sermón de solo un argumento; como del amor de los enemigos; de la limosna, de la oracion, de la penitencia; imitando los antiguos, que con gran ingenio y fruto usaron de este modo de decir, que haze mayor fuerza que quando la oracion se derrama à diferentes intentos.

No olvidaba los estados de la Iglesia, y la Republica, y obligaciones de ellos: daba doctrina à los padres y madres de familias, hijos, maridos, mugeres, señores, siervos, ricos, pobres; y à exemplo del Apostol mostraba lo que cada qual está obligado por razon del puesto en que Dios le puso. Daba asimismo avisos particulares à los juezes, abogados, litigantes, mercaderes y oficiales de todas artes; advirtiendoles de la obligacion que tienen por sus oficios, y los peligros de que se han de guardar, que suelen andar anexos à cada ministerio. Estas doctrinas que llegan à particularizar las cosas, son mas eficaces; porque dicen los Philosophos que la doctrina moral tratandose en generalidad, es menos util; y por el contrario aprovecha mucho quando llega à tratar de las acciones singulares de las virtudes è vicios. Porque como esta doctrina no se dá para saber especulativamente, sino principalmente para obrar, y las acciones no son acerca de los universales, sino de los singulares; así hará aventajado provecho para componer las costumbres el que mas frequentemente tratáre las operaciones de las virtudes y vi-

cios, y como mostráre con el dedo lo que se ha de abrazar, è lo que se ha de huir. Menudeaba en estos particulares, con que muchos de los oyentes, de suyo poco capaces, entienden lo que les conviene para reformar sus costumbres y mejorar de vida.

Este tratar comunmente de aprovechar las almas en orden à las costumbres, no le dexaba aun en dias de mysterios y festividades grandes de Christo nuestro Señor, de su Madre y de los Santos; porque con gran prudencia, habiendo tratado llanamente con decencia y magestad de palabras del mysterio del dia (que suelen dexar algunos sin explicarle al pueblo) pasaba diestramente à tratar de las costumbres, sacando de los mismos mysterios altos motivos de amor de Dios, agradecimiento, compasion, imitacion y otras virtudes, ponderando el beneficio que aquel dia recibimos, haziendo argumento del amor que Christo nuestro Señor nos mostró, è en su encarnacion è nacimiento, en su passion santissima, y en la institucion del Sacramento, para mover al que debemos tenerle. A un Dios amante como ha de corresponder una criatura? A un amor tan fino y tan constante, que obligó à un Dios hombre à derramar su sangre, y dar prodigamente su vida, como podemos pensar que le correspondemos, si por su amor no hemos padecido ni una ligera molestia, ni hecho obra digna de su presencia? Reprehendia á los que preferien estas cosas viles y momentaneas à tan debido amor, quando llevados del alhago de unos breves deleytes, desprecian las leyes y mandamientos divinos. De aquí pasaba à encomendar el amor del proximo, imitando à aquel Señor que amó hasta sus enemigos, y esto con una caridad perpetua, y derramó profusamente su sangre. Con estas y otras razones aplicaba los mysterios y beneficios divinos à la enmienda de la vida y estudio de las virtudes. Esto hacia por menor quando predicaba à mucho pueblo, que sabe poco de hazer estas ilaciones: por-

porque al modo que las madres amorosas disponen en su boca la comida que han de dar à los niños, que no pueden por sí tomarla; así el Venerable varon, como madre espiritual de las almas, disponia el manjar de la vida celestial à los mas rudos y cortos de sus oyentes, para que todos saliesen aprovechados; no fiando à su juicio y prudencia, que no tienen, lo que dandoles bien dispuesto, claro y facil, podia ser util à sus almas. Dexaba à las Escuelas las questiones Theologicas, que tienen mas de ostentacion de ingenio que de edificacion, y de que es incapáz casi todo el auditorio.

Haver sido este el modo de predicar del P. Maestro Fr. Luis de Granada, es cosa cierta: coligese claramente de los graves discursos que à este intento pone en el Prologo del tomo primero de sus Sermones, en que aconseja à los Predicadores usen de aquestos medios que con sus palabras hemos puesto: de que se prueba que él no usó de otros; porque, como diremos largamente en el libro que se sigue, los varones santos no vivieron de otra manera que como aconsejaron que se havia de vivir, ni dieron preceptos à otros que no executassen primero: y así el Padre Fr. Luis no predicó de otra manera que como allí aconseja que otros prediquen, antes aquellos avisos los dá como Maestro experto, sacados de su practica y de sus experiencias. Demás, que el Venerable varon lo dice expresamente en el numero primero de este Prologo; donde tratando de dar consejos à los Predicadores para que consigan el fin de la predicacion, pone el que à sí se propuso; y en el fin del numero segundo dice: En estos generos de argumentos juzgamos que debe discurrir toda la oracion del Predicador. Nosotros tambien, conforme à la corteidad de nuestro ingenio, hemos procurado hazerlo asi: conviene à saber, que todo lo que decimos se encamine à la de-

(a) Tom. 1. locor. comm. Sac. Scrip. o. 23.

testacion de los vicios y amor de las virtudes; siendo este el unico fin y blanco del Predicador; del qual faltar ès desamparar su oficio y ministerio: porque como es oficio del medico expeler las enfermedades del cuerpo; así del Predicador sanar las de las almas, y enseñarles virtud. Y como el medico que no cura las enfermedades del cuerpo, no haze oficio de medico; así ni el Predicador cumple su ministerio, que no aplica medicinas eficaces de la divina palabra à las heridas del anima enferma. Hasta aqui el P. M. Fr. Luis, cuyo es todo lo escrito en este capitulo.

Guardó finalmente los preceptos que como tan gran Maestro dexó à los Predicadores en estas palabras, que por dignas de saberse y observarse, darán fin à este capitulo: referelas el Padre Antonio de Balinghen, de la Compañia de Jesus: (a) *Molestissimè fero nonnullos ita muneris & instituti sui oblitos, ut nihil minus agant, quam quod ex præscripto sibi munere agere tenentur. Cum enim hoc sit concionatori positum, ut quæcumque dicit ad animarum salutem, ad castigandos hominum mores, ad virtutis præcepta tradenda, ad mundi contemptum, & divini numinis timorem pariter & amorem, cæteraque his similia dirigere debeat; quidam per res otiosas & supervacaneas ita vagantur, ut miserari auditores, qui eò confluxerant, quo salutarem aliquam doctrinam haurirent, aridi prorsus atque jejuni à contione redeant. Quis autem ferat medicum, cui æger commendatus est, aliud agere, & officii sui curam negligere? Quisquis igitur aptè dicere, & officio suo satisfacere cupit, instar periti sagittatoris nusquam oculos à ministerii sui scopo deflectat, ut ad illum totam orationis suæ vim dirigat. Itaque ut cæmentarii nunquam vel unum lapidem in ædificio collocant, quin statim amissum & regulam adhibeant, qua rectè an secus collocatus sit explorent, ita fidelis ac prudens*

dens divini verbi dispensator, quæcumque dicere instituit, hanc regulam expendere debet. Ita cum aliquid ad dicendum excogitavit, à se ipso inquiret, quid hoc ad animarum salutem, quid ad bonos mores componendos, quid ad vitam hominum rectis institutis moderandam. Quod si ad hoc minus pertinet, quamlibet illud sibi subtiliter & acutè excogitatum videatur; si rectè sapit nec se populo venditare cupit, tamquam otiosum, & ab instituto suo alienum repudiabit.

CAPITULO XX.
Del language y eloquencia del P. M. Fr. Luis de Granada.

Difícultosa provincia es la que emprendo, y à muchos parecerá escusada; porque tratar de la eloquencia de nuestro Tullio Español, de la elegancia y pureza de su language, del acierto de su estilo, quando están admirados sus escritos, y celebrados de todos, no parece piden discursos en su calificación, sino alabanzas y veneraciones. Sobre esto, para la entereza de esta historia ha parecido no omitir aquesta parte, y mayormente en tiempos que el cielo de la lengua Castellana padece peregrinas impresiones por el humor de algunos, que la hazen andar por puertas de las lenguas forásteras, teniendola por tan pobre y de caudal tan corto, que no puede vestirse de su hacienda. Servirá al menos de exemplar en estas dudas la derrota que tan felizmente ha seguido el P. M. Fr. Luis de Granada en esta parte; y asegurar al que le siguiere los aciertos en hablar y escribir bien.

A algunos ha parecido que las verdades del Evangelio santo y doctrina de los pulpitos no necesitan de cuidado y ornato en el language; que basta la fuerza que por sí tienen; sin añadirles las galas de la eloquencia humana; que las Iglesias Catholicas no son escuelas de Rhetórica; en que solo se enseña à bien hablar, sino palenques dondè se batalla con los vicios, de reformar costumbres,

y encaminar bien la vida. Que los maestros de la mentira, como son los Hereges, usen de afeites rhetoricos, no es de maravillarse: han de poner mascarás à abominables monstruos; mas à la hermosura de la verdad Catholica bastale su natural. Con la gloria de Dios (dice Augustino) quiere levantarse el que piensa adornar con palabras las verdades divinas: ellas mismas por sí deben agradar: en las quales se han de alabar las sentencias, no las palabras. Y Christo nuestro Señor dixo à sus discípulos: Quando estuvieredes delante de los Reyes y de los Presidentes, no queráis pensar de la manera que hayéis de hablar, ni lo que hayéis de decir; porque se os dará en aquella hora que digais; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espiritu de vuestro Padrè, que habla en vosotros. Y el Doctor de las Gentes dice que su predicacion no fue en sabiduria de palabras, porque no se menoscabasse la virtud de la Cruz de Christo: quiere decir, que no predicó à Christo instruido con preceptos de eloquencia y sabiduria humana.

Mas entendidos bien estos lugares, y otros de que se valen hombres pios (que como están movidos à la virtud, piensan que para todos bastan las mismas armas) no embarazan para que haya de afirmarse que debe el Predicador Catholico cuidar mucho de lo que ha de decir, y del modo que ha de decir lo que enseñare en el pulpito. Diciendo así varios lugares de la sagrada Escritura que alaban la eloquencia: *Qui sapiens est corde (dice el Sabio) appellabitur prudens; & qui dulcis est eloquio, majora reperiet. Eruditus in verbo reperiet bona. Favus mellis composita verba, dulcedo animæ sanitas ossium.* La boca del sabio (mayormente eloquente) es vena de fuente de vida. Y toda la Escritura sagrada está llena de divina eloquencia, y de ella la sacaron los profesores de la humana. Los Prophetas sagrados usan de quantos medios pueden imaginarse, para conseguir los intentos que pretenden,

den, valiendose de una Rhetorica divina, de varios ornamentos de eloquencia; y no hay tropo ni figura que no se halle à cada paso en sus escritos. Lo mismo debe afirmarse de San Pablo, à quien los de Licaonia no llamarán Mercurio, si no halláran en él una singular facundia. Del mismo Predicador de las Gentes dice San Juan Chrysostomo que con su eloquencia venció sus adversarios antes que se valiesse de milagros. La grandeza del pulpito, la del Ministro que habla, la importancia de la accion, las materias de que trata, piden autoridad, decencia y magestad en las palabras, una eloquencia grave, sobria, ponderosa, honesta, llena de verdad y de substancia, de un color ingenuo, de un aspecto venerable, y de las demás calidades que despues dirémos. Una verdad ó sententia dexada caer desaseada y deslucidamente, apenas mueve sino es à menosprecio; mas enarbolada con palabras significadoras, briosas, alentadas, despedidas con valor y fuerza, hierre y penetra corazones: y como en los auditorios hay tantos doctos discretos, muchos de excelentes naturales, les ofende les hablen descuidada y desaseadamente, que en conversacion particular fuera indecencia. Dice Lañancio Firmiano à este proposito, hablando de la verdad Catholica, estas palabras: *Quæ licet possit sine eloquentia defendi, ut est à multis sæpè defensa; tamen claritate & nitore sermonis illustranda, & quodammodo disserenda est, ut potentius in animos influat, & vi sua, & instructa religione, & luce orationis ornata.* Aunque la fuerza de la verdad Evangelica es tan grande, que sencillamente propuesta al entendimiento, le convence y rinde, como se ha visto en muchos; con todo eso conviene vestirla de adorno y lucimiento de palabras cultas, usadas y rhetoricas, para que asi mas poderosamente haga guerra à la rebeldia del ingenio obstinado, y con sus propias fuerzas y las del language docto armada la verdad religiosa, venza lo que con una

sola valentia no pudiera. Para convencer un alma, que habiendo venido con curiosidad, salga con utilidad; para que oyga con gusto materias de disgusto; dexee con suavidad lo que nadie le puede quitar con violencia; y hazer vuelta de la mala vida el que parecia inflexible por su obstinacion; y de qué medios es forzoso que se valga el que ha de conseguir tan grande hazaña? eloquencia divina es necesaria.

Esta verdad es certissima: la dificultad es darle el punto, penetrar las calidades que pide el arte; y executarlas primorosamente; porque como es cosa facil pasar de la virtud al vicio, muchos mientras buscan el cuerpo de la eloquencia, se abrazan con su sombra ó apariencia, haciendo su caudal de palabras afectadas y poeticas, olvidados de la verdad y substancia de las cosas; y esto es lo que reprueba San Augustin y otros Santos. No consiste la eloquencia en las palabras, mas principalmente en las razones adornadas con palabras convenientes. Reconociendo esta verdad los que escrivieron de la Rhetorica, no solo la humana, sino tambien la Ecclesiastica; discurrieron largamente en esta parte; y el P. M. Fr. Luis en su Rhetorica por todo el libro quinto discurre por muchos capitulos de la elocucion y modo de hablar del Predicador: lo qual no hiziera à no tenerla por una de las principales partes de este ministerio.

La predicacion de San Pablo y los Apostoles, las respuestas que daban quando les presentaban ante los Tiranos, y toda la predicacion Apostolica; fue toda milagrosa. Dice el Doctor de las Gentes que no usó de la sabiduria de la palabra humana, porque no perdiessé su fuerza la Cruz de Christo. La summa gloria de la Cruz (dice el P. Fr. Luis à este proposito) estuvo en que la predicacion y doctrina de unos rudos pescadores (no enseñados en las disciplinas del siglo) derrocassen los altares del demonio, quebrantassen la potencia y crueldad de los Emperadores, y sujetassen el

el mundo al yugo suave de la Cruz de Christo: y porque tanta gloria no se obscureciesse por algun respecto, no convino que la Cruz de Christo se publicasse y predicasse con la facundia y rhetorica de Oradores clarissimos, à cuya sabiduria terrena se atribuyesse alguna parte, que solo debió darse à la virtud del omnipotente Dios y Cruz de Christo. Y lo mismo se dice de las respuestas que daban en los tribunales, en que hablaba el Espiritu de Dios.

Mas pasadas las primicias de la fé, sucedieron los Doctores de la Iglesia, que, como en los capitulos pasados escrivimos, fueron eloquentissimos y sapientissimos, para mayor confirmacion de la misma fé, y que viesse el mundo que al que el pescador predicó Dios, le defendió Dios un Augustino, un Geronimo y Ambrosio, y otros hombres, prodigios de sabiduria; y no subiendo à los pulpitos à esperar que se les diese lo que havian de decir, y con qué palabras lo havian de predicar, sino llevandolo muy premeditado y estudiado de sus celdas. Dicolo asi el M. Luis Carbon en su libro de Rhetorica divina, libro primero, capitulo segundo: *Conveniens itaque & necessarium fuit, ut quadam majori verborum simplicitate fundaretur Ecclesia, ut divini verbi vis facilius demonstraretur: quadam, inquam, cum miraculis erat opus, cum in Ecclesia gratis data abundarent charismata, cum homines sacro spiritu perfusi, variis loquebantur linguis: at verò nunc non sunt miracula spectanda, sed humana cura cum Dei auxilio jungenda est, lingue discende sermo parandus, & quid dicere oporteat, cogitandum & perpendendum.*

Mayormente en tiempo que la Iglesia está tan combatida de enemigos: y si los Hereges de este infeliz siglo han combatido la religion Catholica con todas las armas de la eloquencia, y afeytado con ella perniciosissimas mentiras; por qué el defensor Catholico no usará las mismas armas para defender las verdades de la Iglesia, y descubrir los frau-

des del enemigo, y persuadir la virtud que él pretende destruir? Por qué si el Turco, y el Herege debéla la Christianidad con el escopeta, tiros y valas, no será licito al Rey Christiano defenderla con las mismas municiones? De esta materia andan varios discursos: esto basta para introduccion de este capitulo.

De los que en nuestros tiempos mas felizmente han usado de la eloquencia sagrada, de la gracia y elegancia en el decir en defensa de la Iglesia (como se vé en la introduccion al Symbolo de la Fé, para apoyar la virtud y destruir los vicios, como en los demas escritos suyos) ha sido el P. M. Fr. Luis de Granada; y el que con mayor acierto ha conseguido los fines del arte del bien hablar; en los sermones, mientras le gozó el mundo; en sus escritos, mientras el mundo duráre. En comprobacion y alabanza suya servirán estos discursos.

Quatro calidades ó virtudes piden los que califican el language, y dán preceptos para que sea perfecto: son, propiedad, adorno, claridad, y decir acomodadamente. Estas partes señala el Ciceron Latino, y el Español en su Rhetorica Ecclesiastica, para que se congha esta parte de eloquencia. Observólas con tan gran primor nuestro gran Maestro en sus escritos, que bastaba para prueba remitir à ellos: mas siguiendo sus palabras y doctrina, diré en cada una brevemente, por adorno mas que por necesidad, algo de lo que enseña, (valiendonos de sus clausulas, como en otras ocasiones) y constará de camino el riesgo que lleva de despeñarse el que se desviáre de estas sendas que tan felizmente holló el Venerable Maestro.

Es la primera virtud y fundamento de las demas, ó la fuente de donde se derivan las aguas dulces claras de la eloquencia, la propiedad de las palabras, conociendo su significacion, su fuerza y alma, usando de ellas y acomodandolas como la ocasion lo pide, para explicar el concepto. Asi el language ha de ser proprio, natural, casto, grave, nativo,

comun para ser entendido; si bien las palabras no han de ser vulgares, sino escogidas y de buen sonido. Alabó este atributo en un Predicador , à quien gustaba de oir nuestro prudente Rey Don Phelipe II. Decia : Fulano no sabe mas que un vocablo para cada cosa; pero es el proprio. Asi lo refiere el Obispo de Leon D. Francisco Terrones, y por ventura fue él por quien lo dixo.

Para hablar con propiedad en la lengua en que senace, piden algunos mas estudio y conocimiento que el que se alcanza con el tiempo y costumbre de hablar, comun à todos: requiere conocimiento de artes, ciencias, ocupaciones varias, de que se ha de tener mas que mediana noticia para hablarse en las materias con propiedad y adorno: tiene cada facultad y exercicio palabras proprias; y no podrá hablar con la pureza de sus terminos el que no tuviere noticia de ellas. Es grande la diferencia de la eloquencia y propiedad con que habla el hombre docto y profundo en el conocimiento de las ciencias, à la loquacidad del que à fuerza de amontonar palabras y epítetos duplicados, procura la admiracion del vulgo.

Consiguió con eminencia el Padre Maestro Fr. Luis esta virtud ò calidad de que hablamos en sus escritos: y lo mismo seria en sus sermones; que no fue otro en el pulpito que en los libros; conocese en ellos haver bebido el agua clara en sus fuentes, y gran conocimiento de las ciencias y artes; de donde nació aquella abundancia, aquella propiedad tan digna de estimacion y gloria. Sus palabras no salian tanto de la boca, quanto del corazon (como de Ulises dixo Homero) adornado del conocimiento universal de las materias. De este nació la admirable propiedad con que habló en la introduccion del Symbolo de la Fé en todo genero de cosas, tanto en las naturales, campos, animales, flores, en su asejo y propiedades, en el discurso levantado de los Cielos, y del artifice de tantas galas como visten los campos,

tantos animales que discurren por el ayre y por la mar. Fue como la abeja avísada y diligente, que saca de la golosina de diversas flores el panal dulce: asi nuestro gran Orador, tocando acertadamente tanta diversidad de ciencias, sacó el panal artificioso de sus escritos, entendidos, suaves: y las demas obras de este incomparable Doctor espiran un aliento verdaderamente rhetorico: las sentencias son agudas, admirables, graves; las palabras proprias y bien sonantes; los modos de decir escogidos y corteses; los numeros generosos, llenos, blandos y regalados; el arreo de toda la oracion está retocado de lumbres y matizes que despiden un resplandor antes nunca visto; las clausulas tersas y faciles, todas ilustradas de claridad y dulzura: virtudes todas que se hallaron esparcidas en los Oradores de la antigüedad, y juntas se hallan en Fr. Luis de Granada. En conclusion, si en nuestra edad ha havido alguno que pueda ser comparado con los excelentes Oradores de los siglos primeros de la Iglesia, uno de los mejores, si no es el mejor, fue el M. Fr. Luis de Granada; cuya lengua sin duda escogieran las Musas todas las vezes que huvieran de hablar Castellano; y à nadie de los que con mas encendido ardor han acometido esta empresa de ilustrar y aventajar la lengua Castellana, se debe lo que à Fr. Luis, que sin duda la adelantó grandemente.

Huyó de un vicio que él reprueba en su Rhetorica, de mezclar palabras Latinas y forasteras por adorno ò novedad en los sermones y escritos; pues en todos ellos, con ser tantos, y tan varias las materias, no se halla una voz que no sea Castellana propria, y de solaz conocido en estos Reynos.

La lengua Española, como hoy se halla cultivada por tan excelentes escritores, que han puesto en ella quantas materias pueden ser sugeto de los mayores espiritus, está en grande magestad, y puede compararse con las lenguas mejores, y las vence en muchas cosas;

tiene hoy su adorno mayor, sus galas mas; ha crecido en numero de voces ya naturalizadas, en pureza de artificio; y nunca estuvo tan vestida de hermosura, ni tan rica de adorno y artificio, purificada de sus primeros desaseos. Pudiera nombrar los que con esta admirable propiedad, sin admitir una palabra estrangera, han llenado sus escritos, conocidos à los doctos. Basta poner por exemplo à nuestro gran Maestro, à quien el language Castellano debe su mayor credito; pues en todos sus escritos, con ser tantos, y tan varias las materias, no se halla voz forastera, ni impropria, ni desusada y baxa: probó que esta excelente lengua tiene en sí bastantissima riqueza para hablarse en ella quantas materias se propusieren al discurso, sin hazerla mendigar lenguas ajenas.

La segunda virtud ò calidad del buen estilo es el adorno, y sin duda la mas dificultosa, y en que mas se muestra el juicio del Orador, y es donde toma fuerzas la eloquencia. Decir docta y discretamente es de muchos (mas es solamente carecer de vicios) el hablar con ornato y eloquencia alcanza à pocos. Muchos discretos, decia Marco Antonio que havia visto; eloquente ninguno. Es parte de que debe cuidar mucho el que predica: trata de conquistar, y atraer las voluntades, rendir entendimientos; no se ha de escusar medio para conseguir intento tan dificultoso: por el adorno oyen con gusto, atienden mas, creen mas facilmente; y la eloquencia adornada abre la puerta para entrar las verdades en el alma. El Autor de la naturaleza à la necesidad, para que crió las cosas, añadió el adorno y la hermosura. Quién no admira la fabrica y belleza de los Cielos, la hermosura del campo y de las flores, lo apacible de las fuentes? Hasta lo sabroso de las frutas lo pintó de colores, y las plumas de las aves las adornó de matizes con sus obscuros y claros, que causa pasmo à la consideracion atenta. No tuvo Tullio por eloquencia la que no causa admiracion: asi

el Orador Christiano ha de adornar lo docto de los discursos con las decentes galas que los pueden hazer mas admitidos.

Consiste gran parte del adorno en la eleccion de las palabras proprias, puras, sonoras, blandas, y en el uso acertado de los epítetos, que han de adelantar poderosamente el sustantivo; mas principalmente en la composicion de las clausulas, adornadas de sentencias y modos de decir que dén lustre y fuerza à la oracion. Incluye esta calidad los tropos y figuras de la Rhetorica, de que está llena; como diximos, la sagrada Escritura; en especial los Prophetas: materia dilatadissima, en que gastó el Padre Fr. Luis muchos capítulos; pues solo en las translaciones y metaforas discurre dilatadamente, por la gran dificultad que hay en darles el acierto sazonado, sin peligrar en los despeñaderos que vemos. De aqui nace la diversidad de los estilos, y ser rhetorico y eloquente; ò charlatan loquaz.

En esta virtud ò calidad el Padre Maestro Fr. Luis de Granada fue digno de toda admiracion, porque el adorno que resplandece en todo el dilatado campo de sus divinos escritos, tiene las calidades todas que pidieron los antiguos: es varonil, fuerte, santo, robusto, decente, no inclinado à liviandad afeminada, ni colores afectados; tiene sangre para la hermosura, y fuerzas para la valentia; su modo de hablar grave; no redundante, sino moderado; no acarreado por fuerza, sino como natural; no adquirido con afectado estudio, sino que parece que se viene de su grado: no conoce el arte el que le lee, no haviendo clausula que carezca de arte; las metaforas ò translaciones proprias, raras, agradables. Juntó con lo severo la dulzura, siguiendo el precepto del gran Padre San Augustin. No menos se ha de huir en el language la dulzura ofensiva, que abrazar el amargor medicinal: pero quando se puede valer de una suavidad provechosa, que cosa mas de estimar y

seguir? En estas breves palabras se describe el adorno del estilo de Fr. Luis, saludable y suave, conveniente à un Doctor de la Iglesia. Dixo el gran Padre de los antiguos Escritores: *Qua divina eloquia, non solum sapienter, sed & eloquenter etiam tractaverunt.* Palabras que se ajustan al P. Fr. Luis, que à la sabiduria añadió la eloquencia.

Es la tercera calidad, y segun Quintiliano la primera, del que desea hablar bien, la claridad, adorno mayor de la oracion, la luz, el dia que descubre quanto ingenioso y docto ha prevenido el estudio, la que manifiesta los matices y las galas de lo profundo ò alto de los conceptos: sin la claridad todo es tinieblas, un estruendo de palabras, que quando se entienda cada una, todas juntas hacen un caos confuso. La claridad escoge las palabras proprias, usadas, significadoras; descartando las humildes, lascivas, indecentes, asperas, las olvidadas, forasteras; buscando aquellas voces que mas signifiquen, que mas digan: y tal vez se hallan algunas que significan mas que lo que suenan. A que añade nuestro gran Maestro que la colocacion de las palabras sea facil y buena; que las clausulas no sean tan dilatadas, que la atencion no pueda seguir las hasta el cabo; ni tan concisas y menguadas de palabras, que salgan esteriles y secas, que el oyente no entienda lo que dicen: han de ser tales, que nada les falte ni les sobre. Finalmente el que desea hablar bien, de las palabras que todos hablan, escoge las que convienen, y mira al sonido de ellas, y aun cuenta à vezes las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que pretende decir, sino tambien con armonia y dulzura. De esta claridad usó Christo nuestro bien en sus sermones, Padre y guia de los Predicadores Evangelicos.

De este Señor Divino, y de los que con mayor acierto han hablado ò escrito, fue imitador prudente el P. M. Fr. Luis, y todo lo que hemos dicho se ajus-

ta à su admirable estilo; porque à la claridad, que no puede ser mayor, acompaña la cadencia y dulzura grave de las clausulas, tan medidas, tan ajustadas à todos los preceptos de la mas docta eloquencia, que no quedó al pensamiento que desear ni pedir: escribe para todos, y templó de tal manera la claridad de su lenguaje, que los de entendimiento moderado le gozassen segun su capacidad, y los doctos y de mas elevado ingenio hallassen deleyte, ensenanza y mocion. El estilo muy subido, ò en los libros, ò en el pulpito, lleva de tal manera forzado y atento el entendimiento, que no dexa lugar à mover la voluntad: el abatido le desprecia el docto, y no agrada al ignorante: mas el excelente estilo de nuestro gran Orador vá apacientando à un tiempo à la voluntad y entendimiento, alumbrando à este, y moviendo à aquella, con una consonancia artificiosa, mas disimulada: de manera, que todo es arte, y no se descubre el arte.

Contra la secta de los oscuros, casi tan perjudicial como la de los alumbrados, han salido y salen cada dia doctos discursos: mas la razon que puede mas eficazmente convencerlos, es la aceptacion comun con que es admitido y admirado el estilo de Fr. Luis, que por claro no menoscaba lo que dice, como algunos piensan, antes manifiesta la alteza de sus pensamientos; que dicho por otro modo carecieran del agrado, adorno y eficacia, y del fin para que se escribe y predica. Dixo el gran Padre Augustino: De qué sirve lo rigido del lenguaje, que no puede seguir el entendimiento del que atiende? para qué se ha de discurrir una hora entera, si no lo entiende el oyente, siendo el fin de predicar que se entienda lo que dice? Asi el que enseña, evite todas las palabras que no enseñan, y ponga en su lugar palabras claras que se entiendan; y si no las hay, ò no se ofrecen; baxe de intento el estilo, y entiendanse los conceptos, aunque sea con palabras menos dignas. De la llave usamos para abrir; y si la de

oro

oro no abre, no es de provecho; si la de palo abre bien, de esa se use: si el language no declara los conceptos, no es language, sino enigma.

No es menos defecto la obscuridad en las cosas, que en las palabras, casi forzosa en los que introducen en el pulpito cuestiones de Philosophia y Theologia, y las proponen à la multitud inculca, por mostrarse doctos è ingeniosos, tal vez con terminos escolasticos; vicio que reprehende Fr. Luis en el libro quinto, capitulo tercero de la Rhetorica.

La quarta calidad que pide el bien hablar, es decir acomodadamente: tiense por la mas dificultosa y de mayor valentia, en que el Orador descubre tanto mas sus aciertos, quanto sus leyes son mas escrupulosas, y piden mas cautela. A quatro puntos reduce el Padre Fr. Luis en su Rhetorica el decir acomodadamente y con decoro: mirando quien es el que habla, à quien habla, las cosas que trata, y el oficio que exercita; advirtiendo en todas ellas, no solo lo que toca à los preceptos del arte, sino al juicio de la prudencia, que es la Reyna que encamina el acierto à las acciones. El estilo debe convenir à la persona: uno es el del Obispo, ò un Predicador de calva y canas, ò el de un mozo que haze declamaciones, el de un Descalzo, ò del que vá à predicar en coche: si bien à todos toca no decir cosa que ofenda à los oyentes, nada arrogante ò arrojado, indigno del lugar y la persona, mas todo el caracter de la oracion nuestro modestia, humanidad, caridad, deseo de la salud comun, y un zelo encendido de piedad christiana. En esta parte fue singular Fr. Luis, pues en todas sus obras y sermones no hay una palabra que suene ostentacion ò jactancia, ò le falte la piedad, qual conviene à un Doctor Catholico, Religioso de la Orden de Santo Domingo, que por largo discurso de años hizo profesion de una vida exemplarissima: el pecho ardia en una piedad Evangelica, y el estilo corresponde al pecho: habla

discretamente; mas el zelo de la gloria de Dios vence à la discrecion.

No es la menor prudencia conformar el estilo y la materia del sermon al auditorio; de una manera se ha de predicar al Principe y sus Consejos, à los nobles y à los doctos, que à una multitud que fuese vulgo (y hay mucho vulgo de seda y talabarte) al cortesano ladino, que à los rusticos, con quien se han de allanar aun las mas comunes voces: unas cosas convienen à los espirituales y à las virgenes dedicadas à Dios y à la contemplacion, ò à hombres desalmados y viciosos, que tienen por Dios al interes y al deleyte: acomodarse debe en la materia, en la alteza ò mediania del estilo al auditorio. Suele constar de docena y media de beatas, otras tantas casadas, pocos mas tratantes y oficiales; tratase de la razon de estado; censurase el gobierno; mucho de las calidades que han de tener los Ministros, de sus medras, de la residencia de los Obispos, y como gastan sus rentas: vanse los oyentes ayunos de lo que les convenia oír; pero bien instruidos, si por el tiempo fuesen Consejeros, ò Perlados: dexan el pueblo sin doctrina, y muestran su indignacion contra los Superiores, excitando en el pueblo los mismos afectos, cosa agena de la piedad Christiana.

El P. Fr. Luis de Granada platicó esta prudencia en sus sermones; mas en sus escritos dispuso con la divina gracia la materia y el estilo, que siendo uno, se acomoda à todas suertes y calidades de personas: los mas elevados hallan estilo sublime; los eruditos, docto; los espirituales, pio; y los de vida estragada hallan mocion y acrimonia. Igualmente las cosas se ajustan à los que comienzan à servir à Dios; los mas aprovechados hallan pasto saludable, y los perfectos las ultimas lineas de la virtud: es como un maná divino, que à cada uno le sabe à lo que quiere; y si muchas vezes se lee, siempre es nuevo.

Tocaba à este lugar la parte de la Rhetorica.

Rhetorica que trata de amplificar las cosas, en que el P. M. Fr. Luis de Granada fue eminentísimo; y querer poner las reglas, y traer exemplos de sus cláusulas, fuera trasladar sus obras: à cada paso se hallan estos primores, que son el nervio y gala de la oración: trata largamente esta materia en el libro tercero de la Rhetorica: platicó quantos preceptos alli escribe.

Si pareciere à alguno que son estas demasiadas reglas y sobrados requisitos para solo el estilo de palabras (y no hemos dicho la cenesima parte) quantos serán los de las cosas? y que basta decirlo como ello se viniere; que harto haze un Predicador en revolver los Sermonarios, sin obligarle à tantas circunstancias; que con un estilo llano se haze fruto, y fruta las mas vezes, sin tantas dificultades.

Se le responde que en todas las artes no son iguales todos los artifices; que un pintor insigne, un estatuario grande, que dá vida à los marmoles, se señalan entre mil del mismo ministerio, que pasan tambien su vida, mas con grande diferencia en la fama, y la ganancia. Para formarse un Fr. Luis de Granada eminente Orador, escritor excelentísimo, que ilustró su siglo, y pasarán muchos sin hallarse semejante, fueron menester todas aquellas partes, y otras muchas que juntó; y sin ellas no llegara à la eminencia que admiramos. Huvó un Ciceron en su siglo, que platicó quanto escribió en su libro del Orador; y en el nuestro el P. Fr. Luis de Granada, que si no le aventajó, se le igualó por lo me-

nos: y esto no se alcanza sin gran variedad de estudios en todas facultades, letras divinas y humanas, y continuos trabajos, apurando los primores de las artes, y executandolos. Confieso que son muchos, y que sola esta parte del lenguaje es sumamente dificultosa; porque es tan facil el hallarle achaques, que apenas hay alguno que carezca de ellos. Lllaman à los de la eloquencia demasiadamente culta y de excesivo cuidado, hermanos del trabajo; que sobre cada palabra se haze una consulta, y les cuesta el desvelo de una noche, y comerse una uña: acusan aquel estilo de afectado, afeminado, poetico; este elado, sin rastro de agudeza; el otro descaecido, sin algun esplendor y elegancia; este es ayuno y esteril, sin abundancia ò copia que le adorne ò le dilate; otro es triste, sin tener nada alegre, nada florido que atrauya al auditorio; este es desagradable, sin suavidad ò agrado; otro vil, vezino al abatido. En medio de tantos despeñaderos parecia buen consejo, que el que desea acertar en esta parte (haviendo visto lo escrito de Rhetorica Ecclesiastica, que lo demás será caminar à tiento) leyese continuamente en las obras de Fr. Luis de Granada, que demás del fruto que sacaria su alma, y gran material para los sermones con la leccion atenta y ordinaria, iria bebiendo aquel estilo; que à vista de quantos le han considerado es perfectísimo. Con esto se asegura de dár en escollos de estilos extravagantes, que cuestan mucho trabajo al dueño para el descredito y desacierto.

VIDA Y VIRTUDES

DEL M. R. Y VENERABLE VARON

EL P. M. FR. LUIS DE GRANADA,

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DESESTIMA CON QUE HABLÓ DE SU PERSONA.

EN los discursos del libro siguiente hemos de escribir copiosamente la estimacion que lo mejor del mundo hizo del P. M. Fr. Luis de Granada: los Monarcas, los Reyes y los Señores, los Pontifices y Cardenales, y otros Principes de la Iglesia, y, lo que mas es, los Santos y varones de espíritu, y comunmente todos; como lo verá el que devoto de este varon del Cielo, gustare de leer sus merecidos elogios. Veamos aora entre tantos honores y alabanzas qué estimacion tenia él de sí, qué concepto de su persona, cómo hablaba de ella y de sus cosas: y para este punto pido la admiracion à todos; porque verdaderamente de pocos hombres que llegaron al colmo de honor que este insigne varon, se escribe lo que veremos.

Comunmente los de humilde nacimiento, ò que de baxos principios suben à ocupar grandes lugares (los antiguos los llamaron hombres nuevos) desvanecidos con la honra advenediza, se alzan con ella; adolecen de cabeza, de suerte que se hazen aborrecibles. Los puntos de soberbia no se hallan de ordinario sino en gente de obscuro nacimiento. Ninguna cosa procuran mas, que encu-

brir las humildades antiguas, y fortuna en un tiempo miserable; y algunos ignorantes suelen traerles à la memoria cuentos de aquel temporal, y pensando ganar gracia, consiguen aborrecimiento.

No asi los siervos de Dios; que como su principal intento es humillarse, en ninguna cosa mas estudian, que en buscar motivos para conseguir esta virtud. Desean que la Magestad divina labre en sus almas un edificio grande de virtudes: para esto aprenden mucho en deshazerse, porque quan profunda fuere la humildad y desprecio de sí mismos, tan copiosas serán y abundantes las riquezas; y tesoros divinos que en ella descargarán: porque todo el vacío que esta virtud haze, deshaciendo el sujeto donde se asienta; el Espíritu Santo le llena con sus dones: y si bien (dice un Doctor) no es la madre de las virtudes, ni causa, principio y origen de donde salen; pero desembaraza la posada para que entren todas con la caridad, que es la Reyna y madre de ellas.

Esta proposicion, tan cierta en las materias de espíritu, será argumento que ha de probar claramente quantas y quan heroyicas fueron las virtudes del